

que no hay derecho para comprender en la pintura los cuadros de paisajes; la pintura es una de las artes propiamente bellas, llamada á representar siempre en sus obras una belleza del orden suprasensible. El arte relativo á tales cuadros nació en efecto despues de la pintura, y cierto no en la época en que ésta más floreció. Del paisaje y en general de la naturaleza física se ayudaron, es verdad, grandes pintores, pero siempre como de fondo lejano de las escenas de la vida humana.

XXI.

Las formas particulares representativas de las bellas artes. Orden primero, bellas artes formales, continuacion.

IV.

La poesía.

«No hay vínculo ni límite alguno para mí: libremente quiero remontarme al través de los espacios. Mi reino, verdaderamente inmenso, es el pensamiento, y mi alado instrumento la palabra. Cuantas cosas se mueven en los cielos y la

mirar más; temo que se me vaya la cabeza, y que, turbada mi vista, llegue yo á caer en tan profunda sima.» ; Cuán distante está la pintura de poder producir un efecto semejante al de esta descripción!

tierra; cuantas oculta la naturaleza en el seno de las montañas, deben revelarse y estar patentes ante mi vista, porque no hay cosa alguna que limite la libre accion de la poesía; si bien entre todas las cosas que puedo cantar, ninguna encuentro más bella que un alma hermosa revestida de hermosas formas (1)».

No creemos que estos versos expresen, ni con mucho, lo que puede decirse de más bello y profundo acerca de la poesía (2). Sin embargo, el poeta manifiesta rectamente en ellos dos propiedades de este hermoso arte. Su esfera tiene límites mucho más vastos que los de las otras artes, aunque con preferencia nos muestre los hechos de la vida humana: tal es su primera excelencia. Y «su alado instrumento es la palabra,» el habla: esta es la raíz de su primera excelencia y al mismo tiempo el carácter esencial de la diferencia que especialmente la distingue de las tres artes que hasta ahora hemos considerado. Porque al paso que para producir estas la representacion de los fenómenos por cuyo medio tienden á procurarnos la contemplacion de la belleza suprasensible, nos presentan imágenes de tales fenómenos, la poesía por su parte se vale para este mismo fin de los signos más convenientes.

(1) Schiller, la fidelidad de las artes.

(2) Contra la absoluta falsedad que las últimas espresiones citadas contienen, ó á lo ménos parecen contener, hablamos oportunamente (57).

Por medio del lenguaje nos es dado despertar en el ánimo de los demás aquellas vivas representaciones para proporcionarle el conocimiento de aquellos hechos también vivos. Aunque la aprehension nacida de una serie de palabras es ciertamente ménos perfecta que la que procede de imágenes, en cambio es ilimitada la serie de representaciones que puede producir la palabra, lo que no puede decirse de las que se originan de una serie de imágenes, las cuales dependen de muchas condiciones, y piden mucho trabajo, y se presentan en corto número. Las artes que emplean imágenes, solo pueden hacer un uso muy limitado de los innumerables hechos visibles de la naturaleza y de la vida humana que esponen como analogías (99) del mundo suprasensible, y de sus contrarios ninguno (100), pues carecen de todo medio para ilustrarnos. Por el contrario, el arte de bien decir toma como materia de sus obras toda la multitud de esos hechos. La palabra le dá el poder de combinar con la mayor facilidad los objetos paralelos del orden suprasensible en todos y en cada uno de sus puntos de comparacion con sus analogías sensibles, y de contemplar en los defectos é imperfecciones de los cosas visibles las excelencias del orden espiritual que hacen contraste con ellas.

Pero demás de esto la poesía no pocas veces puede dar á sus formas la plena visibilidad de la pintura: no pintará cierto con líneas y colores,

pero pintará con palabras. Sus cuadros «gráficos,» sus «pinturas» y «retratos» llamados así tan explícitamente por la teoría, no ceden en vida y claridad á las creaciones de las artes gráfica y plástica; pero además tienen rasgos y matices que á la pintura no le es dado producir.

FILON Y CAIFÁS en el Sanhedrin, del canto cuarto del Mesías.

«Así habla Filon, y con los brazos levantados mueve apresuradamente sus pasos encarándose con la asamblea; y haciendo luego alto clama de nuevo:

(Siguen sus palabras, á saber, un juramento impío de dar muerte al Mesías. Despues el poeta hace esta pintura:)

«Dice, y se esfuerza por creer locamente que la divinidad no penetra con sus ojos en los sepuleros blanqueados; todavía su propio corazon le llamaba hipócrita. Él lo sentía así, y permanecía mirando á la junta con torvos ojos. Lleno de cólera y agitado de frenesí irresistible se inclina apoyándose en su dorado asiento, y vacila. Su rostro se torna rojo y con los ojos fijos en la tierra queda sin habla inmóvil como un tronco.»

LA ESPOSA INÉS, de la balada de este nombre de Redwitz:

«Con un gracioso niño en los brazos va cual peregrina por la senda que forma una flexible tabla en la ribera al teñirse de color rojo los últimos rayos del sol. Su vestido es exactamente como el de la azucena; el cual envuelve sencillamente la cruz; su cabello juega en torno de ella en forma de madejas de oro, tupidas y prolongadas. Anda con noble continente, realizado por la humildad, mirando con

sus ojos la tierra; el niño se estrecha como una rosita contra el corazón de su madre.»

«El Emir mira con más serenos ojos, quedando completamente absorto al verla; y la mujer, acercándose cada vez más por la escalera de mármol y dirigiendo sus pasos con solemne calma hácia la tienda, se siente conmovida de un modo extraño y deja caer la cortina.»

«Pero el moro la vuelve á levantar. Entra la esposa Inés, á cuyo aspecto el Emir se levanta sobresaltado, cual si le deslumbrara la aparición y fulgor de algun espíritu. Y llevando en sus brazos al niño ella, que es también niña, dirige al Emir una mirada desde el fondo del corazón, y le dice: «Dime dónde está mi esposo; pues yo soy la que él llamó.»

Algunas estrofas despues:

«Y otra vez, despues de saludarle con afecto, se levanta resuelta, se echa á los piés del Emir y poniéndole delante de los ojos al niño: ¡Oh, mira, le dice, mira este niño inocente, cómo implora tu gracia: devuélvenos á su padre! Los tres somos uno solo en cuerpo y alma; si no le das libertad, á los tres nos quitas la vida.»

«Y de tal modo, ay, conjura á su corazón y con su mirada le fascina, que al fin una lágrima cuaja en sus mejillas y se le desliza hasta el suelo, y él se aparta tímido. Y ella en tanto llorando deja caer su faz entre los cabellos del niño; y el resplandor del crepúsculo vespertino ilumina por un modo sorprendente al hijo y á la madre.»

«Y luego se van arrodillando á su alrededor todas las mujeres, bañadas en llanto, llenas de silenciosa pena, rociando tímidamente con lágrimas su vestido. El Emir, ya sin habla, lucha consigo mismo; despues inclinándose hácia Inés le dice: «Levántate: lo has librado. No tengo yo una mujer como tú.»

Puede verse también el retrato de Santa Inés

y la relacion de su martirio en la Fabiola de Wiseman.

El nombre de «pintura» y el predicado «pintoresco» que atribuye á tales cuadros la teoría, deben tomarse sin embargo en sentido impropio; pues no tienen de comun con la pintura sino la viveza y claridad con que ofrecen á los ojos del alma las respectivas representaciones. Este punto de vista, perfectamente señalado por Lessing, merece mucha atención. El poeta puede exponer de un modo pintoresco hechos que no se pueden pintar. Porque no consiste la pintura propia de la poesía en que pueda realmente pintarse lo que ella expone; sino por tal pintura se entiende aquel rasgo, ó aquella serie de rasgos con que el poeta sensibiliza su objeto de forma que *se nos representa con mayor inteligible claridad de la que dan de sí las palabras que lo expresan*; porque nos produce el grado más próximo de la ilusión que es capaz de producir la pintura, aquella ilusión que es posible á primera vista sacar de la pintura propiamente dicha» (1).

(1) Lessing, Laokoon XIV. En las secciones siguientes (XV-XVIII) demuestra extensamente, que los objetos que sirven de asunto al pintor, y los que pueden ser representados por el poeta en forma de «pintura», pertenecen á dos órdenes diferentes.

De dos hermosos lugares hacemos memoria, que confirman esta asercion. En el canto décimo de la Eneida (v. 781) refiere Virgilio que habiendo disparado Mesencio contra Eneas un dardo, éste vino á dar en el escudo del héroe, de donde saltó y fué á herir mortalmente á Antor, el cual

125. Á todas estas ventajas del arte de hablar se junta otra de especie enteramente diversa. Las tres artes, cuyos caracteres hemos señalado, toman su materia, es á saber, los hechos ó fenómenos con que nos representan la belleza suprasensible, del mundo exterior y solo de él. Pero ya hemos visto (101) que hay además otra esfera cuyos elementos, siendo como son inteligibles por sí propios, pueden asimismo procurarnos la contemplacion de las cosas suprasensibles: el corazon humano, en que está, por decirlo así, concentrada toda nuestra vida interior, es un espejo vivo del mundo espiritual; y á la poesía le es dado de una manera inmediata subordinar esta esfera subjetiva al propósito de las bellas artes. Los sentimientos é impresiones, los afectos y disposiciones que la intuicion de la

Sternitur infelix, alieno vulnere, coelumque
Aspicit, et dulces moriens reminiscitur Argos.

«An non poeta penitus ultimi fati cepit imaginem?» dice sobre estos versos Quintiliano (de instit. orat. 6, 2.)

El otro pasaje en el himno de la pasion que canta la Iglesia *Pange lingua*:

Vagit infans inter arcta
Conditus praesepia:
Membra pannis involuta
Virgo Mater alligat,
Et Dei manus pedesque
Stricta cingit fascia.

¿Dónde hay un artista que pueda lisonjearse de expresar con su pincel lo que entrambos poetas, el gentil y el cristiano, «pintan» con tan pocas palabras?

belleza suprasensible despierta en nuestro corazon cuando esta belleza se nos ofrece á buena luz, son cosa que ni el pintor, ni el dramático, ni el escultor pueden proporcionarnos: mas el poeta, demás de poder traspasar á nuestro ánimo el mundo exterior, como los maestros en estas tres artes, no contento con eso, muéstranos juntamente la belleza espiritual tal como se refleja en su ánimo. Y el medio propio de que se vale para hacernos partícipes de los movimientos interiores que experimenta, es el signo convencional, la palabra.

126. Podemos, pues, definir la poesía diciendo que es el arte de poner ante los ojos especies reales ó fingidas conforme á las leyes del ser contingente, tomadas de objetos percibidos directamente, en las cuales se representa la razon un objeto suprasensible de alta belleza, ahora se refieran dichas especies á hechos del mundo externo, ahora á la vida íntima del poeta; y de proporcionarnos de este modo la viva contemplacion de la belleza suprasensible y el deleite originado de ella.

En esta definicion está indicada la division fundamental de la poesía: la poesía *objetiva* expone asuntos de la vida exterior; en la *subjetiva* (lírica) el poeta expresa los sentimientos de su vida íntima. No hay necesidad de decir, pues ello mismo se dice, que ni la poesía objetiva excluye toda manifestacion de la vida del poeta, ni

la subjetiva está divorciada del mundo objetivo. Así la una como la otra emplean para su intento escenas de la naturaleza; bien que estas por sí mismas, sin relacion al hombre y á la vida humana, son objeto de meras descripciones, y así en la poesía son no ménos estériles que en la pintura; solo se agradan en ellas los poetas medianos (1).

El ritmo, en la versificación, y la rima son un doble auxilio de que se sirve ordinariamente la poesía, así para realzar la belleza del medio externo representativo, la palabra, como para representar con mayor perfeccion los afectos del corazon y aun los objetos que los escitan (2); pero ni el uno ni la otra pertenecen á la esencia de la poesia. ¿Por ventura la novela, que casi siempre sale á luz en prosa, deja mas de ser obra poética, que la elegía ó la balada?

La razon de no colocar á la poesía dramática junto á las dos especies referidas, como un tercer género, ya la hemos dicho (117). La poética creemos que se pone en contradiccion consigo misma cuando al tratar del medio representativo propio de su arte, declara ser este medio la PALABRA; y despues que ha tratado de la poesía épica y lírica y de sus divisiones añade en concepto de tercer género poético la dramática que «repre-

(1) Una de las razones [de lo que aquí decimos, la expone muy bien Lessing en su *Laokoon* xvii.

(2) Por medio de la *armonía imitativa*. Véase á Kleutgen, *Ars dicendi*, 3.^a edicion, n. 465.

senta cosas objetivas de la vida por medio de la accion.» Si esta definicion es recta, no hay razon para decir del drama que sea una obra poética, esto es, un arte representativo por medio de la palabra.

No se nos oponga la autoridad de Aristóteles, que en su poética trata así del drama como de la epopeya. La poética del sabio griego no debe ser considerada como un tratado acerca de la poesía, sino como el fragmento interrumpido de una obra sobre las bellas artes. En el sentido más lato de la palabra todas las bellas artes son poesía (105). En este sentido tomó Aristóteles la palabra, no en el que la tomamos nosotros para significar con ella el bello arte de decir; pues en el capítulo segundo designa él como especies de poesía no solo la dramática, sino tambien la música y al arte de la orquesta.

V.

El canto.

127. Para trasmitir las ideas de la vida íntima se sirve esencialmente la poesía, como hemos dicho, del mismo medio con que expresa las ideas de la vida exterior: la palabra. Pero las palabras no son signos inmediatos de sentimientos, sino de ideas: no revelan inmediatamente los afectos del corazon, sino los conceptos ó ideas de ellos